

CAPÍTULO VII.

Los segundos historiadores no son más que traductores ó comentadores de los primeros.—No hay solución de continuidad en la serie de historiadores ó editores guadalupanos.—Valeriano, Alba Ixtlilxochitl, Miguel Sánchez, Lazo de la Vega, Becerra Tanco, Florencia, Sigüenza, Boturini, Veitia, Lorenzana, Tornel, Dr. de la Rosa.—Por qué hubo tardanza en la segunda empresa de historia.

LEYENDO con atención el panegírico histórico, ó la historia panegírica, del muy amable Miguel Sánchez, claramente se ve que está trabajada sobre la narración de Antonio Valeriano ó sobre la del autor que publicó Luis Lazo de la Vega.

Por poco que alguien se haya ejercitado en el arte de redactar, puede hacer el ensayo, como lo hemos hecho nosotros, de la paráfrasis que sobre dichos prototipos ó patrones hizo el elocuente escritor Sánchez. Conocedor del arte el mexicano Cicerón, sabe omitir en la narración el orden *cronológico* de ciertos acontecimientos para narrarlos mejor en orden *prepóstero*; y así, por ejemplo, la entrevista de Juan Diego con el Obispo la vez segunda, no la narra sino cuando se ocupa de la entrevista subsiguiente con la Santísima Virgen. Miguel Sánchez conoce muy bien el arte. (*)

Al ingenuo modo de ver del panegirista, no importaba hacer mucha luz sobre *los papeles bastantes* de donde tomó su historia; pero que esos papeles fueron los que decimos, claro se ve por el sistema, punto común de vista y aun pormenores de la narración, no sólo del autor que Lazo de la Vega editó, sino de esa otra

(*) Es tan verosímil esto de la conexión entre el manuscrito de Valeriano y la historia impresa de Miguel Sánchez, que sobre ello suelta una buena prenda el pobre aquel de "Exquisitio-histórica," como lo notó felizmente el Ilmo. Sr. Vera. (Contestación histórico-crítica, pág. 629.)

de donde tomó la suya ó que tradujo y perfeccionó Becerra Tanco. Una y otra en manuscrito tuvo á la vista Miguel Sánchez. De una tomó lo que le faltaba á la otra, y de ambas lo que tienen de común entre sí y con él: el plan, el punto de vista, el arranque de la pacificación de México y los pormenores.

Curioso y muy provechoso fuera descender á detalles, que el discreto lector puede suplir, notando á través de ciertos pasajes omitidos por Sánchez, para narrarlos luego en orden prepósteros, como ya observamos, el fondo de lo dicho por Vega (editor) y Valeriano, á través de ornatos que claramente se ve procuró Sánchez, como buen panegirista.

El Padre Florencia, si no en su sagacidad, sí en su buen sentido, no dejó de notar ésto, que la reflexión de tantos años ha venido á hacernos tangible. Hablando de la fuente de donde tomó su narración Miguel Sánchez, dice: «El autor de esta Relación, que es la misma de que sacaron el Lic. Miguel Sánchez y el Lic. Luis Becerra las suyas, según parece fué Religioso de San Francisco,» es decir, la que hoy se tiene generalmente por de Antonio Valeriano, estando al parecer del autorizado Sigüenza y Góngora, es la fuente de donde tomaron sus historias Sánchez y Becerra Tanco. Pero sea de un Religioso ó del indio Valeriano, se trata de una historia contemporánea de los años de la Aparición, que es lo que hace á nuestro caso.

Claro se ve también que Becerra Tanco, por su parte, no hizo sino traducir, y por cierto con bíblica elegancia, una de las dos relaciones mexicanas (la de Valeriano, así como Sánchez la que dió á luz Lazo de la Vega). De esos dos autores, en el que tradujo Becerra Tanco, según él mismo lo afirma y claramente se ve, hay un grande esmero y una limpidez y facilidad narrativa, que hacen de su lectura un encanto digno por cierto de la verdad y de la belleza guadalupana.

Miguel Sánchez, elocuente y fervoroso, hombre de fe

y sin dolo, podía haber hecho lo que hoy se hace y conviene que hoy se haga: lucirse no en parafrasear sino en disertar, en poner á la vista la procedencia de las fuentes á los acueductos, en comprobar más que en admirar ó contemplar. Dos hombres tan eminentes podían haber hecho eso que no hicieron. Pero lo que hicieron vale hoy por mucho más, por un gran argumento, es á saber: ¿Quién habría entendido el panegírico de Miguel Sánchez, ni quién lo habría saboreado, si no se hubiese dado ya por cierto, por sabido y por gustado, lo que la paráfrasis y el panegírico ponían á nueva luz, daban á nuevo sabor y hacían gustar en nuevas maneras de sentir?

Es verdaderamente una simpleza en Muñoz y sus nuevos congéneres, el creer ver en el panegírico de Sánchez una *causa* de la fe y el amor á la Guadalupeana. ¡Cuando no es más que un *efecto*! Sánchez supone á un Valeriano, como unas variaciones musicales, supone el tema de un gran maestro precedente. No es Sánchez inventor, no es así como se inventa, diríamos al pseudo español, con Juan Jacobo; si inventor hubo en el suceso guadalupano, Valeriano lo sería, no su parafrasista Sánchez. Menos burdo que Muñoz fué Mier. Mier colgó el milagro de la invención, no á Sánchez sino á Valeriano, lo cual era un disparate menos, aunque eso sí, una dificultad más para los cavilosos mitologistas; porque eso de ver ficción en Valeriano, era tanto como suponer que los indios de 1556 fuesen capaces de conquistar á los españoles, á un Montúfar, tan sabio y tan recto, y á un Bustamante tan díscolo y tan resabiado de protestante: *quod duplex absurdum*.

No hay duda; es una temeridad pueril el pretender aislar á Sánchez y Becerra Tanco, del patente poderoso enlace que tienen, no ya con la caudalosa tradición del suceso guadalupano, sino con historiadores contemporáneos del glorioso acontecimiento.

Pero si Sánchez y Tanco (1648-1666), historiadores

de la segunda época, se enlazan como es palpable con los de la primera (por término medio 1560), como son Valeriano y el autor de la historia en mexicano de que es editor Lazo de la Vega, ¿cómo puede ser que un milagro tan estupendo no hubiese prontamente suscitado historiadores de espíritu de empresa que diesén á la imprenta un asunto tan digno de pregonarse por la tipografía?

Contestamos:

Primero. Porque no depende de los hombres sino de la Providencia especial de Dios, el *cómo* y el *cuándo* del crecimiento y definitivo *reinado* de sus grandes milagros, de sus grandes empresas, de su gran causa. ¿Por qué no hubo historia eclesiástica, sino hasta Eusebio de Casarea, y éste, por no dejar, semiarriano? ¿Por qué no triunfó el dogma de la *Inmaculada*, sino hasta 1854? Dios sabe por qué, y después que sucede, también nosotros lo sabemos: porque á Dios mucho le place obrar, si *fortiter*, no menos *suaviter*. Esa es la última forma de la política divina.

Segundo. Porque en esa suavidad con que Dios obra, entró el permitir (para mayor gloria del triunfo guadalupano) que la rebeldía del franciscano Provincial Bustamante, dificultase, retardase, contuviese el gran movimiento de expansión que la Guadalupeana debía promover. Llegó ya este tiempo: con el proceso de Bustamante todo se explica; con él conocemos ya el calculado silencio de Mendieta, hermano y aun subordinado del rebelde; conocemos la aislada libertad de hablar del veterano guatemalteco Bernal Díaz, á quien nada importaba Bustamante, y lo mismo en cuanto al seglar Suárez de Peralta; conocemos la pertinaz censura de Sahagún, resabiado de las doctrinas protestantes de Bustamante; conocemos la artera cautela de Torquemada, que mientras plagia por mayor á Mendieta aprovechando furtivamente su historia, se abstiene de atacar á la Guadalupeana, pero eludiendo á todo trance mencionar el milagro.

Tercero. No fueron franciscanos los que emprendieron la segunda historia del Tepeyac, ni su impresión tipográfica; de otra corriente debía venir el dichoso empuje. Fué menester que, próximo á ajustarse el primer centenario (1629), una gran calamidad, la gran inundación de esa fecha, barriese como un diluvio las huellas de los parciales respetos á Bustamante, y acabase con el imprudente silencio de los que olvidaban el celo para con la causa de María, á título de evitar el descrédito de uno que otro individuo díscolo y resabiado de protestantismo de la benemérita orden franciscana.

Todas estas felicísimas aclaraciones y aun descubrimientos, se deben á la exhumación del proceso de Bustamante en esta dichosa veintena, y gran crédito ha contraído nuestro benemérito Sr. Vera, en apurar curiosísimas noticias sobre este motivado silencio de la orden franciscana. A S. S. Rma. debemos la siguiente sagaz observación:

Habla el primer franciscano que interrumpió el silencio:

«No hay razón ni disculpa para no corresponder á este beneficio y favor (una curación milagrosa) que María Santísima Señora Nuestra hizo á este nuestro religioso su siervo» «Fuera culpa no tocar aquí un hermano en su nombre, algún recuerdo y memoria de la merced recibida.»

De este preámbulo se vale el padre Baltasar de Medina poco después de Becerra Tanco (1680) para dar noticia de la Guadalupana. Las palabras transcritas, dice el Rmo. Sr. Vera, (*) «parecen dirigidas á los que, como Torquemada, tuvieron embarazo ó disculpa en narrar las glorias de la Virgen del Tepeyac, y expresar su profundísima gratitud por haber sido de su hábito el V. Sr. Zumárraga, á quien se apareció María Santísima. Dan muchísima luz (dichas palabras) para

(*) Tesoro Guad. tom. I. pág. 249.

explicar y aún para reprobar el silencio del cronista franciscano.»

Patente queda ya la razón de la tardanza en haber dado á la tipografía la narración del gran portento: los franciscanos, por razón de conventualidad, y aun las otras órdenes por razón de confraternidad, tuvieron en las consideraciones al rebelde Bustamante y á sus adeptos, la razón de callar, hasta que el tiempo trajo el olvido de estos tristes respetos, y nuevas impresiones, como las de la gran inundación de 1629, que hicieron resaltar las glorias de la Guadalupana sobre aquellas ínfimas consideraciones.

CAPÍTULO VIII.

Nuevos comprobantes de la Aparición en esta dichosa última veintena y trabajos sobre lo antiguo, que valen por una novedad.—Anticoli y el gran milagro de San Nicolás "in carcere" en Roma, Julio de 1796.—El gran inventario del "Tesoro Guadalupano" ideado y llevado á cabo por el Sr. Presbítero Vera.

ESTE Padre Anticoli es el adalid que ha emprendido á vanguardia el gran triunfo de esta veintena. La firmeza de conceptos con que nos encontramos al ver sentadas esas nuevas tesis, nuevas á lo menos por la especialidad, maestría y fijeza de su fórmula, ha hecho que los guadalupanos nos sintiésemos invencibles. Ya hablamos de las tesis referentes al Magisterio de la Iglesia; es la oportunidad grata de traer á cuenta la sabia tesis de los milagros modernos que confirman el primitivo de la pintura Guadalupana.

Tesis: «Si hay milagros auténticos de la Virgen del Tepeyac, esta aparición no puede ser falsa. Y como es